La QUIEBRA

COMEDIA DRAMÁTICA

DE EDMUNDO BIANCHI



MAXIMINO GARCÍA, Editor
25 de Mayo, 134 - Montevideo

A QUIEBRA

MEDIA DRAMÁTICA

EN DOS ACTOS

EDMUNDO BIANCHI

Estrenada con exito extraordinario
en el TEATRO SOLIS de Montevideo
la noche del 18 de Abril de 1910

MAXIMINO GARCÍA, Editor
25 de Mayo, 134
MONTEVIDEO · MCX

Personajes

Maria	28	años
Jorge..................................	33	»
Felipe.................................	65	»
Zúñiga.................................	35	»
Camilo	38	»
Jacinto................................	20	»
Directora..............................	40	»
Un alguacil............................	40	»

EPOCA ACTUAL.

LA QUIEBRA

Pieza dramática en dos actos

DE EDMUNDO BIANCHI

Acto Primero

Habitación decorosamente amueblada, que sirve de recibidor y despacho. Junto á la puerta del foro, y adosada á la pared, una caja de hierro. Frente á esta, un escritorio cargado de libros y papeles de comercio. Un anaquel con libros junto á la caja de hierro. Repartidos por la escena según lo exija el desarrollo de la acción, algunos muebles de sala: un sofá, sillas, etc. — Un reloj antiguo de péndulo, de pie, en el rincón de la izquierda. — Ha de marchar, y al levantarse el telón marcará las 5 y 40. — Sobre el escritorio, un teléfono portátil. Un piano, esquinado, en el rincón de la derecha. Sobre él, dos jarrones con algunas flores. Alfombrado modesto pero de buen gusto.

Puertas: al foro, á la derecha y á la izquierda. Por la puerta del foro se ven algunas vitrinas con objetos de bazar: jarrones, cristalería, estatuítas, mayólicas, etc.

ESCENA I

MARIA Y LA DIRECTORA

(*Ambas sentadas*)

MARIA—¿Y á qué debo, señora Directora, el honor?...

DIRECTORA — Vd. perdonará señora, pero, como está por vencerse el trimestre... Vd. sabe... la buena administración...

MARIA — Ah! Es cierto!... La renovación del pupilaje de mi hija...

DIRECTORA — Eso es, señora...

MARIA — (*Después de una hesitación*). Vea, señora, no sabe cuánto lo siento!... El mes próximo traeremos á Clarita á casa...

DIRECTORA — (*Sorprendida*). ¿Pero es eso verdad doña María?... Acaso mi colegio?...

MARIA — ¿Oh, no es por su colegio!... (*Algo turbada*). Pero hemos decidido...mudarnos de aquí... lejos... Quizás vendamos el negocio...

DIRECTORA — ¡Cuánto me disgusta, señora!...

MARIA — (*Poniéndose de pié*). Así es que le abonaré un mes solamente... Todo el próximo...

DIRECTORA — (*De pie*). ¡Qué disgusto!... Perder una discípula tan buena!...

MARIA — (*Dirigiéndose al foro*). Llamaré al dependiente para que le abone á Vd...

DIRECTORA — (*Sacando un papel de la cartera*). Traigo aquí el recibo, pero como habré de renovarlo...

MARIA — Le haré dar á Vd. lo necesario. (*Se asoma al foro y llama*). ¡Jacinto!

ESCENA II

DICHOS Y JACINTO

JACINTO — (*En la puerta del foro*). Señora!

MARIA — Abone á la señora el recibo que le estenderá. (*A Directora señalándole el escritorio*). Tome asiento! (*Despidiéndose*). Si Vd. me lo permite?...

DIRECTORA — (*Inclinándose*). Sí, señora... (*Saludos. Mútis María por derecha*).

ESCENA III

DIRECTORA Y JACINTO

JACINTO — (*Dándole papel á la Directora que se ha sentado al escritorio*). Aqui tiene papel. (*Alcanzándole una pluma*). Sírvase, señora.

DIRECTORA — (*Mientras escribe*) ¿De manera que van tan mal los asuntos de la casa?

JACINTO — (*De pie á su lado y mirando de vez en cuando por la puerta del foro*) ¡Tan mal que si no es hoy es mañana que se viene la fin!... ¡Vea Vd. dónde va á ir á parar el mejor bazar de la

ciudad!... Cómo le decía antes, el que no quiere saber de arreglos con el patrón es ese abogado... Él es el que está más empeñado en llevarlo á la quiebra... ¡Pobre Don Jorge, tan bueno, tan honrado!

DIRECTORA — (*Siempre escribiendo*) ¿Y quién es ese abogado? ..

JACINTO — Es un tal Zúñiga...

ESCENA IV

DICHOS Y FELIPE

FELIPE — (*Por el foro, tarareando*) «Orientales... la patria... la tumba»...

DIRECTORA — (*Á Jacinto*) No lo conozco (*Alargándole el papel*) ¿Estará bien así?

JACINTO — (*Después de leer*) Sí señora. ¿Quiere pasar al bazar?... Allí le abonaré... (*Mútis Jacinto y Directora*).

ESCENA V

FELIPE, *luego* JACINTO

FELIPE — (*Que ha oido nombrar á Zúñiga. Amenazando hacia afuera*) ¡Te voy á dar, charlatán!... ¡Te voy á dar!... (*Asomándose al foro*) ¡Jacinto... después ven! (*Entra*) ¡Te voy á dar lengua larga!... (*Cruzándose de brazos*) ¿Habráse visto?

JACINTO — (*Asomándose por el foro*) ¿Qué desea Don Felipe?...

FELIPE — Ven para aquí...

JACINTO — ¡Estoy solo en el negocio... puede venir gente!...

FELIPE — Mira... Escucha estas dos palabras... (*Jacinto se acerca, temeroso*) ¡Escucha, pues!... Yo, tenedor de libros de la casa y tío de la patrona, sé los secretos del negocio y cierro la boca... Bueno. Tú, que eres un desgraciado dependiente, cierras la boca, cierras los ojos... y te haces el zonzo... ¿estamos?...

JACINTO — ¿ Porqué me dice eso Don Felipe?
FELIPE — ¿ Qué le contabas á esa señora?
JACINTO — *(Turbado)* ¡Oh... le decía... le decía... nada!...
FELIPE — Yo oí que le hablabas de lo que está pasando aquí!...
JACINTO — Sí pero...
FELIPE — ¡ Qué pero, ni pero! — ¡ Bueno, basta con eso! ¡ Ya lo sabes! *(Jacinto hace por irse)* ¡ No, no! mira, escucha!... *(Jacinto se detiene)*. ¡ Y hazme el servicio de no nombrar nunca á ese mal hombre delante de mi sobrina!
JACINTO — *(Sin entender)*. ¿ A quièn?...
FELIPE — A Zúñiga.
JACINTO — Ah, sí! Ya noté que á la señora no le gusta! ¡ También, lo que está haciendo con ellos ese hombre!...
FELIPE — *(Como hablando para si, con furor mal reprimido)*. Eh!... Es el buitre!... Ya vino al olor del dinero de mi hermano cuando fué novio de María... y levantó el vuelo cuando el pobre se arruinó!
JACINTO — *(Asombrado)*. Cómo?... Él fué novio de la señora?...
FELIPE — *(Encarándose con él)*. Qué?... Qué se te importa á tí? Fué... lo que siempre!... ¡ Un buitre!... *(Mal reprimiendo su rabia, con risa sardónica)*. ¡ Ya se lo decía entonces á María: «Ese viene al olor del dinero!»... ¡ Y así fué!... No le hubo más, y voló!... Abogado!... abogado!... ¡ Lechuzón!... ¡ Cuando ve al moribundo, allá va él, á sacarle los ojos á golpes de código!... *(A Jacinto)*. Y aquí viene al olor de la carnaza... ¡ de la carnaza podrida de tanta honradez!...
JACINTO — ¡ Oh! Si viera cómo hizo llorar á la señora!...
FELIPE — *(Asombrado y ansioso)*. Cómo?... Cuando?... Él?... Zúñiga?...
JACINTO — Sí... ayer estuvo. Como no estaba don

Jorge preguntó por doña Maria... ¡Pero ella no quiso recibirlo!...

FELIPE — Y él?...

JACINTO — Él insistió... Dijo que era una cosa urgente... un asunto grave...

FELIPE — (*Como arriba*) Y él?...

JACINTO — Entonces salió la señora. Estaba muy pálida. Me dijo que yo me quedara, pero vino gente y me tuve que ir...

FELIPE — (*idm*). Y después?...

JACINTO — Después volví... y ví... que la señora estaba colorada como de indignación... Parecía que lo despedía... Entonces él salió y le dijo... le dijo... algo así como: «Tiene plazo hasta mañana».

FELIPE — (*Ahogando su ira*). Ah ¡El miserable!... (*Ansioso*). ¿Y qué dijo mi sobrina?...

JACINTO — Nada... Cayó sobre esa silla y lloró! Lloró como una Magdalena! ¡Daba lástima, se lo juro!...

FELIPE — (*Como hablando para si*) Ah! ¿No lo dije yo?... ¡Si es el buitre! ¡es el buitre!...

ESCENA VI

CAMILO Y FELIPE

CAMILO — (*Entrando por el foro*). ¡Buenos días Don Felipe! (*A Jacinto*) Jacinto, tienes gente en el bazar! (*A Felipe*) ¿No está Jorge? (*Mútis Jacinto*).

FELIPE — (*Distraido*) Salió.

CAMILO — ¿Qué hay de nuevo?...

FELIPE — (*Sonriente y abstraido*) Que he descubierto la gran verdad...

CAMILO — (*Sonriendo, sin dar importancia á las palabras de Felipe*). Como hoy le veo tan sólo un poquito... (*Hace señas de beber*) creeré que ha comprendido al fin que el alcohol pierde al hombre!...

FELIPE — (*Pausa. Como notando de repente lo que dice Camilo*). Ah!... ¡No, no, al contrario!... El

alcohol en vez de perderte, hace que te encuentres en todos lados... (*Marcando eses con la mano*) una vez . aquí... otra vez, allá... Se pierde, eso sí, un poquito la cabeza, pero eso se encuentra siempre al otro día... La mía, generalmente, de mañana, la encuentro debajo de la cama...

CAMILO — (*Riendo*) Muy bueno!... Muy bueno!... ¡Vd. siempre incorregible!... (*Transición*) ¿Y... tardará en volver Jorge?...

FELIPE — No sé... anda por ahí... haciendo fuerzas con su honradez para que no lo embromen... ¡Como si lo consiguiera!...

CAMILO— ¡Ah!... ¿Vd. siempre cree que su honradez lo perderá?

FELIPE — ¡Hazte ilusiones tú también, desgraciado! ¡Parece mentira que seas su amigo de la infancia y que aún no lo conozcas!... (*Confidencial*). Créelo: ¡esto se vá... se va!... Está podrido!... Aquí, la honradez lo ha podrido todo!... ¡Y todo se viene abajo!... ¿No quisieron meterle el puntal que yo les ofrecía?... !Peor!... ¡Todo caerá! y todos quedaremos enterrados!... (*Riendo*). Mira qué linda tumba!... (*Fuerte, ahuecando la voz*) ¡Tumba de héroes!... (*Más bajo, con sorna*) ¡Tumba de imbéciles!... (*Riéndose*) ¡Ja, ja!... ¡Le pondremos este hermoso epitafio: «Aquí yace la honradez... un angel más en el cielo... un zonzo menos en el mundo!»... (*Riéndose y mesándose la barba, en voz baja*) ¡Ja, ja, ja!...

ESCENA VII

CAMILO Y MARIA

MARIA — (*Entrando por la derecha. Efusiva y ansiosa*) ¡Oh, Camilo!

FELIPE — (*Yéndose por el foro, siempre riéndose y hablando para si*). Un angel más en el cielo... un zonzo menos... (*mútis por el foro*).

CAMILO — (*A María*). ¿Cómo está María?

MARIA — (*Ansiosa*). ¿Trae usted nuevas Camilo?...

CAMILO — ¡Oh, ninguna, María!... Todavía no he tentado el último esfuerzo, pero... con ese hombre de por medio dudo del éxito... Hoy lo he visto, y más me confirmo en mi creencia: es un malvado de la peor especie!...

MARIA —(*Con asombro*). ¿Ha hablado usted con él?...

CAMILO — (*Mirándola fijamente*) Sí...María... ¿por qué me lo pregunta así?

MARIA — (*Turbada*). ¡Oh, no!... Por nada!... (*Pausa. Intenta dominar una leve turbación. Camilo la interroga con la mirada*).

CAMILO — (*Acercándosele, confidencial y respetuoso*). María... ¡Vd. no es franca conmigo!

MARIA — (*Mirándolo de frente*). ¡Camilo! ¿Qué quiere Vd. decir?

CAMILO — Sí, María!... ¡Vd. debe decirme lo que yo ya he sospechado! ¡Algo más miserable de lo que yo me imagino es el fin que ese hombre se propone con Vds!... ¡Con Vd. sobre todo!

MARIA —(*Hesitando, pero resuelta al fin*). ¡Oh, sí, Camilo, sí! ¡Todo lo que Vd. se supone es cierto!

CAMILO — (*Con asombro*) María! ¿Qué dice Vd?

MARIA — (*De quien se va apoderando una creciente agitación*). Sí... ¡es la segunda vez que ese hombre se cruza en el camino de mi vida!... Un día quiso llegar á la fortuna de mi padre por el camino de mi corazón.. Cuando mi padre se arruinó confesó cínicamente que él no podía ser el esposo de una mujer pobre... Ahora, después de diez años, cae en medio de mi felicidad para desbaratarla!...

CAMILO — Pero, ¿hasta dónde ha llegado ese miserable?

MARIA — (*Más agitada aún*). ¡A todo ha querido llegar el infame!... A todo! Y ayer... tuvo la osadía de llegar hasta aquí y proponerme veladamente inícuas proposiciones... Al ver que fueron rechazadas con toda mi indignación, me amenazó! ¡Oh Camilo!... ¡Qué infame es ese hombre y que desgraciada soy yo!

CAMILO —(*Pálido y balbuciente de indignación*) Oh, María!... La acción de ese hombre es más que miserable! ¡Es criminal y cobarde!... (*Resuelto*) ¡Y ese atentado no debe quedar sin castigo!...

MARIA — (*Temerosa*). Camilo! ¿Qué intenta hacer usted?

CAMILO — (*Agitado, paseándose*). ¡Oh, no sé, no sé!... pero ese hombre debe ser castigado de alguna manera!... Sí... sí... ¡debe ser castigado!

JORGE — (*De adentro*). Jacinto! ¿Ha venido Camilo?

CAMILO — (*Resuelto, à María*). Su marido debe saberlo! ¡Ahi está! (*Intenta irse por el foro*).

MARIA — (*Deteniéndolo por un brazo*). Camilo! Camilo!... No!... ¿Qué va á hacer Vd? ¡Se lo prohíbo!

CAMILO — (*Con fuerza*). Jorge debe saberlo!... Él la defenderá!

MARIA — (*Con altivez*). Camilo! (*Lo mira de arriba abajo. Dejándole la mano*). ¡Si Vd. duda de que yo sea capaz de defenderme... ¡vaya Vd. y dígaselo!

CAMILO — (*Volviendo, respetuoso*). María... ¡Perdóneme Vd... El cariño no reflexiona!... (*Pequeña pausa*).

ESCENA VIII

DICHOS Y JORGE

JORGE — (*Por el foro. Aire muy abatido*). Mis buenos amigos!

MARIA — (*Cariñosa, acercándosele*). Jorge!

JORGE — (*A Camilo*). ¿Hay alguna novedad?

CAMILO — Por ahora ninguna, amigo mío... Mis tentativas han fracasado!...

JORGE — (*Con tristeza*). ¡Y todo, todo fracasará!... Yo no sé.. Hay algo que me persigue!... ¿Es la fatalidad que se quiere ensañar conmigo?... ¡Yo no sé... no sé!... (*Se sienta abstraido*).

CAMILO — (*Con serena confianza*). Pero mi amigo!... Todavía no se han tocado los últimos resortes... Todavía...

JORGE — (*Tomándole una mano*). ¡Oh calla, calla pobre Camilo! No sé porque no tengo vergüenza en hablarte!...

CAMILO — (*Asombrado*). ¿Por qué dices eso Jorge?

JORGE — ¡Oh, sí Camilo! Tú solo te preocupas de mí cuando mi ruina es también la tuya!

CAMILO — ¡Hombre! Vuelves á tus tonterías!... ¿A qué sales ahora con eso?

MARIA — Sí... Camilo... nosotros le debemos...

CAMILO — (*Interrumpiéndolos*). Y bien ¿Vds. no han querido garantizar mi deuda con el campo suyo, María?

JORGE — Eso no garantiza más que la mitad de lo que te debemos...

CAMILO — (*Con seguridad, como queriendo solucionar definitivamente una conversación para él enojosa*) Ese campo, María, que es lo único que le quedó á Vd. de la fortuna de su padre, no puede nunca dejar de ser de Vd. Si yo le he aceptado como prenda, es porque Vds. me han obligado con su insistencia, pero ya saben Vds. que sólo en calidad de custodia puede estar en mi poder!...

JORGE — Camilo! Eres heróicamente generoso! Has arriesgado todo lo que tenías para salvarme y aún tienes la generosidad de ayudarme!...

CAMILO — ¡Pero si te ayudo salvaré lo mio también!... Ya vés cómo no soy tan generoso!

JORGE — No, tú no piensas en tí... te conozco!... tú piensas solo en mí... ¡Y tú también, mi buena María!... ¡Vds. dos, que caerán también conmigo!

MARIA — (*Con dulce severidad*) Jorge! No digas eso!.. Tú, tan valiente, ¿cómo te hallas hoy tan abatido?

JORGE — (*Suavemente, pero con un fondo de gran amargura en la voz*). Es que me hallo tan lejos de lo que yo soñaba!... Mi sueño era tan grande!... (*Abstraido, como viendo su sueño*). Yo tenía mi

obstinación, mi ruda y salvaje energía de obrero que desbordaba de mi espíritu pidiéndome que realizara algo grande...¡y soñé!... soñé hacerlos dichosos á todos... traerles oro... lo único que yo creí poder conquistar... ¡Y volé en alas de mi ensueño!... Me embriagué de ilusiones!... subí... subí... ¡Había de volver con las manos llenas de cosas deslumbrantes para las almas queridas!... ¡Y arriba... arriba... ebrio de triunfo... expandiendo mi alma en aquel maravilloso vértigo de oro! (*Transición*) ¡Y ahora... tú comprendes... la caída... la caída fatal é inexorable en la sombra!... sin traerles nada... nada más que unas pobres alas rotas!.... (*Apoyando la cabeza, tristemente, en sus manos*) ¿Cómo quieres que tenga aún todo mi valor?

CAMILO — ¡Creiste ser un triunfador y eres más bien un poeta!...

JORGE — (*Con mansa desesperación*). ¡Es que yo no sé... yo no sé ganar dinero!

CAMILO — ¡Bueno... sin embargo, no se ha perdido todo aún!... Hay que levantar ese ánimo! ¡Verás como aún hay espacio para esas alas que tú crees rotas! ..

JORGE — ¡Tú tienes fé aún, Camilo!

CAMILO — (*Sereno y sonriente*). ¡Ya lo creo!

JORGE — (*Como buscando una esperanza*). ¿Crees tú que aún se puede hacer algo?

CAMILO — ¡Pero sí, amigo mío?

MARIA — (*Alentadora*) Sí, Jorge! Todavía algo se puede tentar!...

JORGE —(*Con alguna confianza*) ¡Vds son muy optimistas!

CAMILO — ¡Optimistas ó no, nuestro deber es agotar todos los medios qu estén en nuestro poder, y aún los hay!

MARIA — Sí, Jorge! Es necesario que luchemos hasta el fin! Nos quedará, por lo menos, ese consuelo!

JORGE — ¡Y por Vds. lucharé! ¡Ojalá pudiéramos aún

hacer algo!... (*A Camilo*). Qué proyectos tienes tú ?

CAMILO — Ver hoy mismo, á todos tus acreedores, excepto Zúñiga. Eso había venido á proponerte.

JORGE — (*De pie*). ¿Crees tú que reuniremos mayoría aún en el caso ...

CAMILO — Pudiendo conseguir sus firmas hoy mismo, mañana por la mañana pediremos la moratoria al juez. Evitaremos por lo pronto, la declaración de la quiebra que para mañana Zúñiga querrá llevar á cabo... ¿Tienes á mano el balance?

JORGE — Sí. ¿Le quieres? (*Se asoma al foro*). ¡Don Felipe! Traiga el balance!

ESCENA IX

DICHOS Y FELIPE

FELIPE — (*Entra, algo ebrio, con un papel en la mano. Leyendo*): Balance general...(*Golpeándolo*). ¡Este es un balance!... (*Mostrándòlo*). ¡Miren que limpio! Parece una muchachita de primera comunión!... ¡Se vé que es un balance honesto!... (*Con fuerza*). ¡Aquí, los cuatro son cuatro, y los seis son seis, y no ceros disfrazados de miles!...

MARIA — (*Reprochándole su estado*) Tío... ¡Ya está así!... ¡Dios mío! ..

FELIPE — *(Enojado)* Qué?... Así, cómo?... ¿Acaso no estoy bien? (*Mirándose*) ¿Tengo alguna mancha de tinta?

JORGE — *(Triste)* Don Felipe!... ¿Cuando se corregirá Vd?

FELIPE—¿Qué... Tú también?... ¡Ve corrigiéndote tú!... ¡hombre honrado!... Yo, borracho de alcohol!... Tú, borracho de honradez!... ¡Créelo hermano, que tú representas el papel más triste!... (*Serio*) ¡Toma, toma el balance... (*Dándoselo*) ahí lo tienes!... ¡El libro de tus cheques contra el Banco de la Honestidad!

JORGE — (*Dándole el papel á Camilo que está sentado*

al escritorio) Toma.

(*Todos alrededor de la mesa, miran el balance.*)

CAMILO — (*Consultando el papel*) Veamos...(*Pausa, después de haber leido*) ¡No está tan mal... ¡El pasivo casi se equilibra con el activo!

FELIPE — Y si me hubieran hecho caso á mí, mejor estaría!...

JORGE — (*Como desviando la conversación*). Vamos, vamos!

CAMILO — (*A Felipe*) ¿Por qué?

FELIPE — ¡Porque le hubiera metido la mar de acreedores fallutos... y el arreglo se hacía á tu gusto!

JORGE — ¡Pero eso sería un robo!

FELIPE — ¡Robo... robo!... (*Fastidiado*) Tú, á todo le llamas robo! ¡En todo caso, eso sería un abuso de confianza!...

JORGE — ¡ Prefiero tener la conciencia limpia !

FELIPE — ¡Cualquier día vas á abrir casa con el capital de tu conciencia!

CAMILO — (*Que entretanto ha tomado notas*) ¡Los acreedores no son muchos!... ¡Vale más así!...

FELIPE — ¡Haría falta allí una lista de finados!...

CAMILO — (*Curioso*) Qué finados?

FELIPE — ¡Cualesquiera! Se sacan de las defunciones de los diarios!... ¡Esos aceptan cualquier arreglo!...¡

CAMILO — Qué Don Felipe éste! (*De pie, á Jorge*) Bueno, Jorge!... He aquí la lista... Y ahora (*Sacando el reloj*) todavía hay tiempo. Son las seis de la tarde. Tomaremos un carruaje y trataremos de verlos á todos. Si hoy mismo llegamos á conseguir la mayoría de sus firmas, la situación es nuestra!... ¡Qué diablos! ¡No se resistirán á la elocuencia de nuestra honradez!

FELIPE — (*Yéndose hacia izquierda*). No, hombre ! ¡ Qué se van á resistir... angelitos de Dios !... ¡ já... já !... (*mútis izquierda*).

MARIA — (*A Camilo*). ¿ Tiene esperanza Vd., Camilo?

CAMILO — (*Con fé*). Tengo muchas esperanzas, María;

JORGE — (*Que ha estado leyendo el papel, á Camilo*). Camilo... Estos, (*Señalando el papel*) Hernández y C.ª, son amigos tuyos y te han prometido ayudarme... Mi presencia estará de más. Mientras tú les hablas, yo escribiré cuatro líneas á mi abogado. Enseguida iré por el carruaje y te alcanzaré.

CAMILO — Muy bien! Ven pronto, porque ya sabes que están á dos cuadras de aquí y despacharé enseguida... ¡ Hasta luego!

MARIA Y JORGE — ¡ Hasta luego! .. (*Mútis Camilo*).

ESCENA X

MARIA Y JORGE

MARIA — (*Que se ha quedado mirando salir á Camilo*). ¡ Qué gran amigo!

JORGE — (*Escribiendo*). Su amistad, en estos momentos, es un hermoso consuelo!... (*Pausa. Cerrando la carta, poniéndose el sombrero y disponiéndose á salir*). María ... ¡ Hasta luego! (*La abraza y la besa*).

MARIA — (*Reteniéndolo*). Jorge! Vas á tentar ahora el último esfuerzo... ¡ Me imagino lo que vas á sufrir hablando con toda esa gente!...

JORGE — No, María!...

MARIA — Sí... lo comprendo!... Pero ten valor, Jorge mío!... Mi espíritu te acompañará y te dará alientos!

JORGE — (*Sonriente*). María! Para tener valor, me bastará pensar que todo lo que haré será para salvarte á tí y á nuestra hija!

MARIA — ¡ Oh Jorge! Tú sabes que si no fuera por ella, yo sería la primera en decirte que abandonaras una lucha tan desigual!

JORGE — (*Abrazándola*). ¡ Alma delicada! ¡ Adivino tu pensamiento! ¡ Tú no quieres ponerme frente á frente á ese hombre!

MARIA — Jorge!

JORGE — Sí, María! Comprendo tu dolor! ¡ Estoy fren-

te á Zúñiga!... Un día yo conquisté tu corazón tan vilmente ultrajado por él... hoy debo salvar mi bienestar que él amenaza con la ruina!...

MARIA — (*Con un grito de todo su ser*). ¡Y tú le vencerás, verdad Jorge?

JORGE — (*Con un asombro mezclado de compasión*). ¿Estás tan asustada, pobre María?

MARIA — (*Ocultando á duras penas su turbación*). ¡No... no es por mí.... tú lo sabes...

JORGE — Sí... por nuestra hija...! Por ustedes lucharé!... (*La besa é intentar irse*).

MARIA — (*Reteniéndolo*). Estaré anhelante!

JORGE — Pronto volveré...

MARIA — Sin embargo... yo estaré ansiosa!... Háblame por teléfono á medida que vayas viendo á esa gente...

JORGE — Si así estarás más tranquila, lo haré

MARIA — ¡Gracias Jorge! Y ten valor!

JORGE — (*Yéndose por el foro*). Por tí lo tendré, María!... (*Mútis*).

ESCENA XI

MARIA, FELIPE, JACINTO (*que entra y sale*)

JACINTO — (*De la puerta del foro. A Felipe, que sale de la izquierda con el sombrero puesto*). Don Felipe!... El patrón me manda con una carta... ¿Quiere atender un momento el mostrador?

FELIPE — ¿Quién, yo?... ¡Buena facha tengo para mostrador!... (*Después de reflexionar*). Bueno... ve! (*Mutis Jacinto*). ¡Lo mismo no viene nadie! (*Se acerca á la puerta del foro y mira largamente hacia afuera. Con cierta tristeza*). ¡Parece un velorio!... Ya ni las luces se encienden!.... ¡Me dá tristeza! (*Pausa. De repente*). ¡Caramba que sed tengo!.... (*Como tomando una resolución repentina*) ¡No, yo no me quedo!.... ¡Yo voy á visitar á doña Linterna!.... (*Con lentitud, á María*). ¡Tú, Mariquita!.... Tú tienes mejor facha para esto!.... Atiende un mo-

mento el mostrador.... Yo tengo que.... despachar algunos asuntos....

MARIA — Bueno, tio... Vaya y venga pronto!... Vigilaré desde aquí adentro!...

(*Empieza á caer la sombra del crepúsculo*).

ESCENA XII

MARIA, *luego* ZÚÑIGA

MARIA — (*Se sienta, pensativa, junto á la puerta.— Pausa.—Suena el teléfono. Va al escritorio, tomando el tubo*) ¡Hola... hola!... Bazar Imperial, y yo?... ¡Ah!, ¿eres tú Jorge?... Tan pronto?... Y bien?... (*Exclamación de sorpresa alegre*) ¡Muy bien, muy bien, gracias á Dios!... ¿Y, estás animado? .. Sí?... ¡Gracias, gracias Jorge!... ¡Háblame de todos lados!... ¡Sí... sí... muy bien... estoy ansiosa... gracias!... (*Dejando el tubo*) ¡Gracias, gracias Dios mío! (*Queda ensimismada, de codos sobre la mesa*).

ZÚÑIGA — (*Que ha entrado por la mitad de lo anterior*) Señora!

MARIA — (*Con un sobresalto, la voz ahogada*) ¡Vd!... ¡Vd. ha vuelto!

ZÚÑIGA — Señora.. mi misión de abogado de varios acreedores me obliga á dar este paso...

MARIA — ¡Es Vd. un miserable! Yo le había prohibido volver aquí!

ZÚÑIGA — Cálmese Vd., señora. Considere que le está hablando á una persona que puede... (*Corrigiéndose*) que no viene más que á tratar un negocio...

MARIA — Vuelva cuando esté mi esposo... Yo no quiero...

ZÚÑIGA — (*Interrumpiéndola*) Usted lo ha dicho, señora, Vd. no quiere!... Y sin embargo, se trata de todo su bienestar!

MARIA — Váyase Vd! no sé nada de eso!... (*Con energia*) Váyase!...

ZÚÑIGA — Si así lo desea, me voy... Sin embargo, debió atenderme. No hay tiempo que perder en el

asunto que me trae... Siento decirle que no volveré. Vd. llevará la responsabilidad de lo que acontecerá fatalmente mañana mismo... (*Da dos pasos hacia la puerta del foro como para irse*).

MARIA — (*Con angustia*) Mañana mismo!... (*Con un esfuerzo*) ¡Oh, cómo sabe aprovecharse de su situación!...

ZÚÑIGA — (*Deteniéndose*) ¿Yo, señora?...

MARIA — Hable, hable!... Sea breve y váyase!...

ZÚÑIGA — (*Acercándose*) ¿Pero porqué se agita así?... Soy acaso un ser tan repugnante para Vd?

MARIA — (*Con voz de escarnio*) ¡Oh, cállese, cállese Vd!...

ZÚÑIGA — (*Con cierta pasión*) ¿Porqué callarme?... Es que acaso no tengo el derecho de defenderme de su aversión?... (*Con más calor*) ¿Será posible, María, que el hombre más infame obtenga una mirada de sus ojos, y yo nada más que odio, nada más que odio, para mí que la...

MARIA — (*Interrumpiéndolo, asustada, casi implorante*) ¡Basta, por piedad, basta!...

ZÚÑIGA — (*Con atrevimiento, acercándosele*). ¡No, lo he de decir!.... ¡La amo, María, con toda la fuerza de mi pasión, con toda la avasalladora fuerza de una pasión que renace!...

MARIA — (*Mirando á todas partes, con angustia*). ¡Dios mío, y estoy sola!

ZÚÑIGA— (*Más atrevido y apasionado, adelantándose*). ¡Mejor, María, mejor!

MARIA — (*Aterrorizada, parapetándose detrás del escritorio*). ¡Ah, no, no!... ¡Dios mío... grito!... Voy á gritar!... Váyase, váyase!...

ZÚÑIGA — (*Retrocediendo un paso*). No, no tema... no abusaré de su debilidad... Pero he de repetirle... he de repetirte, María, que te adoro... ¡Déjame que te lo diga!... ¡Déjame que te lo diga con la fuerza con que un tiempo te lo decía cuando acercabas tu rostro al mío para no perder mi acento de amor!... (*Con fuerza*). ¡Te amo,

María, te deseo!... ¡Te deseo locamente!... ¡Y serás mía!... ¡Ah, sí serás mía!...

MARIA —(*Sacando fuerzas de su terror*). ¡Ah, miserable!... Ahora te odio, te odio!...

ZÚÑIGA—No, tú me amarás como en un tiempo me amaste!...

MARIA —¡Ahora te odio! ¡Te odio!... (*Adelantándose, con valor*). ¡Fuera de aquí!... ¡Fuera!

ZÚÑIGA—(*Deteniéndola con una mirada relampagueante en la que se mezclan la iracundia y el deseo. Con un grito sordo y terrible*). ¡María!... (*María se detiene, temblorosa de repentino terror*). ¡Es demasiado grande mi deseo!... (*Avanzándo hacia María que retrocede*). ¡Lo puedo todo contra tí!... (*Suavizando algo su voz*). Una sola palabra tuya... una sola...

MARIA—(*Que tropieza, de espaldas, al escritorio. Con voz débil*): ¡Dios mío... Dios mío!...

ZÚÑIGA—(*Adelantándose más aún, con voz apasionada*) María!... (*Suena el teléfono*).

MARIA—(*Lanzándose hacia el teléfono como á un refugio. Tomando el tubo. Con voz entrecortada y temblorosa.*) ¡Jorge!... ¡Jorge!... (*Gritando casi*) ¿Eres tú Jorge?... Sí!... ¿Qué?... (*Tratando de dominar el temblor de su voz*) ¡Nada!... No tengo nada!... (*Con los ojos abiertos de espanto*) Qué?... ¿Qué dices?... Desaliento?... (*Profunda y rápida transición, como si quisiera comunicarle toda la fuerza de su vida*). ¡No, no, Jorge!... (*Con un grito*). ¡Jorge!... (*Con voz apasionada, llena de inflexiones maternas*). ¡Ten valor... ¡Ten valor!... ¡Lucha, Jorge mío!... Ve!... ¡Sé fuerte!... ¡Sálvame!... ¡Sí... sí!... (*Con un grito hondo*). ¡Gracias Jorge! Sí... vencerás!... (*Con la voz cada más débil*). ¡Vencerás!... (*Se va sentando lentamente en la silla y dejando el tubo sobre la mesa, sonriendo al espacio como una loca, cada vez más débilmente*). Vencerás... vencerás!...

ZÚÑIGA — (*Con voz inexorable, desde la sombra que va invadiendo la sala*). No, no vencerá!

MARIA — (*Sobresaltada, con un grito de terror, levantándose rápidamente*). Ah!

ZÚÑIGA — (*Como arriba*). ¡No, no vencerá!...

MARIA — (*Reaccionando, con una sonrisa de escarnio y desafío*). ¡Sí, sí!... ¡Vencerá á tu infamia como ha vencido á tu amor!...

ZÚÑIGA — (*Adelantándose terrible*). ¡Pues bien, sábelo! (*Sacando un papel*). Aquí le tengo... á él... y á tí!... ¡Todos los créditos ya son míos...! Nadie esperaba cobrar y los compré!... Y son míos... míos!... (*Suavizando la voz*). ¡Tú... tú sola María, puedes ser dueña de todo... Una sola palabra tuya... (*Pausa. Mirando profunda y largamente á María que ha entornado los ojos vencida por el dolor. Dejando caer las palabras lentamente*)... ó la ruina!...

MARIA — (*Aterrorizada*). ¿La ruina?... (*Con un soplo de voz, con los ojos cerrados, el pecho palpitante de extrema angustia, pero con resolución*) ¡Sí... ¡La ruina!...

FELIPE — (*Desde la tienda, con voz lenta y sorda, como una amenaza que avanza*). O... rientales... la pa... tria... la tum... ba... (*Zúñiga se vuelve al oir la voz y luego, mirando á María con un gesto de iracunda amenaza, se va. María, anonadada, casi exánime, cae en la silla, con los ojos cerrados. Pausa. Avanzan las sombras del crepúsculo*).

FELIPE — (*Siempre de adentro, pero más cerca*)... li... bertad ó con glo... (*Cesa de repente, como cortada*).

ESCENA XII

MARIA Y FELIPE

FELIPE — (*En la puerta del foro, muy borracho, volviéndose*) ¡Hum... ¡El buitre!... ¡Otra vez por aquí!... ¡Viene al olor de la carne fresca... (*Avanzando sin ver á María*) porque aquí...

todo lo demás está podrido... ¡Todo se va cayendo!... ¡Se siente el ruido en la sombra!.. (*Escuchando*). ¡Tac.. tac...tac!... ¡Y yo también... yo... pobre Felipe, me voy deshaciendo!... (*Tocàndose el pecho fébrilmente*). ¡Aquí hay algo que me devora!... ¡Tengo un gusano!... (*Tocándose la frente*) aquí otro!... ¿Y yo?... Yo soy un gusano que me arrastro... me arrastro... ando buscando mi agujero.. (*Repentino, como con un profundo asco de si mismo*). ¡Soy un cementerio lleno de gusanos!...

MARIA — (*Que se ha ido impresionando á medida que el viejo habla y las sombras avanzan. Con un angustioso horror... Con los ojos abiertos como dos imploraciones temblorosas*). ¡Tío...tio!...

FELIPE - (*Volviéndose y viendo á María. Conmovido, casi sollozante*). ¡Ah, eres tú, pobre Mariquita!... ¿No es verdad, Mariquita, que aquí somos todos cosas podridas?...

MARIA — (*Como arriba*). ¡Tío... tío!...

FELIPE — ¡No, no... tú no, Mariquita, tú, no... Tú eres... (*Con voz suave*). Tú eres como una flor... ¡como una flor en un cementerio!...

MARIA — (*Helada de espanto*). Tío!...

FELIPE — ¡No te pongas triste, María... !Yo soy una cosa que ya no existe... ¡Espíritu! ... ¡me volatilizo!...Una mitad en el mundo... la otra en la oscuridad!... (*Con voz infantil, como un sollozo*). ¡Sí ya casi ni te veo, María! ¡Solo siento tu perfume... Tu perfume suave... como de floresde velorio!...

MARIA — Tío... tío!... Me da miedo!... ¡Váyase!...

FELIPE — (*Resuelto, yéndose, pero volviendo la cabeza á cada instante*). Sí... sí... me voy... ¡Hace tiempo que me voy... (*Manoteando en las sombras*) ¡Oh, cómo está oscuro!... (*Yéndose por la izquierda, sollozando*) ¡Ya no tengo más esperanza de luz que las de las cuatro velas! (*Entrando*). ¡Pobre, pobre Felipe que te vas haciendo sombra!... (*Ha caido del todo la noche. Tinieblas*).

ESCENA XIII

MARIA, *sola*

MARIA — (*Irguiéndose lentamente en la sombra. Con un grito ahogado*). ¡Todo se va!... (*Con un desgarrante sollozo*). ¡No, no Dios mío!... (*Retrocede de repente como si alguien entrara. Con un profundo grito*). ¡No! (*Pausa. Con voz débil*). ¡Tengo miedo!... (*Se oculta detrás de una silla, junto al escritorio, acurrucada, como ocultándose del miedo que avanza en las sombras. Castañeteando los dientes*). ¡Ten... go... mie... do!... (*Suena el teléfono. Se lanza hacia él como hacia un salvador repentino*). ¡Jorge!.... ¡Jorge!... ¿Eres tú?... (*Con un grito*). ¿Eres tú Jorge querido?... ¡Ven... ven... corre!... (*Siempre acurrucándose, como queriendo anonadarse ante el horror de las sombras que se agrandan. Con voz cada vez más débil*). ¡Tengo miedo... tengo miedo... tengo miedo!...

TELÓN

Acto Segundo

(La misma decoración del 1er. acto)

ESCENA I

FELIPE Y CAMILO

JORGE — ¡ Ah, no ! Perdona que no pienso como tú... La honradez será moneda de valor, como dices, pero no corre en ningún país... Está desmonetizada... Es como uno de esos cobres de museo, muy lindos para mirar en las vidrieras, pero que no corre en las tiendas... Y después de todo ¿ qué entiendes tú por honradez?... ¿ Pagar las deudas?... Pues aquí tienes un ejemplo luminoso: Jorge es honrado, tiene deudas y no las paga !

CAMILO — Pero es honrado !

FELIPE — Sí, pero no paga !

CAMILO — Oh ¡ Vd. bien sabe que no es por falta de intenciones !

FELIPE — (*Con una exclamación*) ¡ Bravo ! Tú dijiste la verdadera definición de la honradez: La honradez es la santísima intención de pagar sus deudas... aunque no se puedan pagar !... (*Tocándole la espalda; con irónica sonrisa*) ¡ Y tú comprendes, hermano, que si le dices eso á un comerciante, te manda preso por atentar á las buenas costumbres !

CAMILO — ¡ Vd. está haciendo paradojas !

FELIPE — ¡ Qué paradojas ni que santa Linterna ! ¡ Lo que te digo es una verdad más clara que el sol !

CAMILO — Sin embargo...

FELIPE — ¿ Sin embargo qué ?

CAMILO — En el fondo de todas las conciencias, hasta de las más pervertidas, hay siempre un gesto de admiración hácia el hombre honrado!

FELIPE — Sí... ¿en el fondo, sabes lo que le dicen á los honestos?... ¡Estúpidos!... ¡Y tienen razón, Santa Linterna!... Mira, hermano, convéncete: en el mundo hay tres clases de tontos: los coleccionistas de sellos, los que pescan con caña, y los que practican la honradez!...

CAMILO — (*Riéndose*) ¡Qué don Felipe este!... Por lo visto Vd. no ha opinado así toda su vida...porque sino, á la fecha, sería Vd. hombre de peso...

FELIPE — (*Con cierta tristeza*) ¡Tienes razón hijo mío... Yo también cuando era joven, pensaba como tú... ¡Pero estaba muy cerca del horno para creerme que el pan era amasijo limpio!... ¡Figúrate!... ¡Cuarenta años entre las bambalinas de la honradez! ¡Lo que habré visto! ¡Las porquerías que han quedado aplastadas entre el Debe y el Haber!... ¡Porqué todo eso es muy sencillo en el comercio: ves ahí una porquería... indecente, sucia, desnuda, asquerosamente desnuda... te ves en peligro y ¡trís, tras! le pones un camisón de Varios á Varios, un gorro de dormir de Caja á Mercaderías, y en la mano un inocente candelero de Balance General... ¡Y ahí tienes á aquella suciedad convertida en un honrado burgués, símbolo inocente de la honestidad... ¡Y es!... ¡Es la honestidad por partida doble!...

CAMILO — ¡Cuánta razón tiene, don Felipe!... ¡Y cómo admiro á Jorge cada vez más!

FELIPE — ¡Ah inocente!... con seguridad que sólo tú y su mujer son los que admiran la botaratada que ha hecho!... ¡Sí... botaratada!... Estupidez!... ¡Un muchacho como él dejarse engañar de esa manera!... Me hubiera hecho caso á mí, y á la fecha, en vez de embargarle como van á hacer hoy, estarían aquí todos esos cuervos ofreciéndole sus casas, sacándole el sombrero, y diciendo entre ellos: «Nos ha embromado pero es mozo listo!

Es hombre de porvenir y dentro de poco lo tendremos en el gremio»... (*Como dirigiéndose á alguien*). ¡Ah zonzo!... ¡Ah estúpido!... ¿Qué has hecho con tu honradez?... Hundirte tú... hundir á esa pobre mujer... y á tu hija! (*Dirigiéndose á Camilo*). Y á este!...

CAMILO — (*Molestado*). Oh, don Felipe!...

FELIPE — (*Con fuerza*) ¡Sí, á tí!... ¡Y á mí! (*Transición, con humildad*) Digo... á mí no... porquè yo... ya... estoy hundido!... (*Con una sonrisa*) y á la verdad... estoy lo mismo aquí como allá!...

CAMILO — Don Felipe, ¡Vd sabe que ellos le quieren!

FELIPE — ¡Demasiado me quieren!... (*Con tristeza*) porque yo, á la verdad, ¿para qué les sirvo? Soy un viejo inútil, degradado y borracho... ¡Sí, sí!... Yo soy un sinvergüenza, lo comprendo!... Y ahora que se hunden solo de estorbo les voy á servir...

CAMILO — No, don Felipe!... Vd. sabe muy bien su oficio... Vd. puede trabajar!

FELIPE — ¿Adónde?... (*Pausa*). Yo, ya he pensado en irme... pero ¿quién va á tomar á un hombre como yo... ¡Ya no sirvo, es inútil! Y es hora de que me marche!...

CAMILO — ¿Y adónde va á ir, viejo?

FELIPE — (*Con sonrisa triste*). ¡Oh, yo lo sé!... (*Confidencial*). Esto... (*Hace señas de beber*) es como aceite para el riel de la vida... ¡y la máquina se va... se va... cada vez más pronto!... (*Melancólico, con una lágrima*). ¡Y es lindo, qué diablo!... las ruedas corren... (*Con una especie de voluptuosidad*) se siente una cosquilla dulce en el corazón... un mareo lindo en la cabeza... y dan ganas de reirse... de reirse... de reirse... (*Con una risita lúgubre*) ¡já, já, já!... (*Pausa, levanta los hombros, y lentamente se va á la puerta del foro. A Camilo, invitándolo á beber*). Quieres acompañarme?...

CAMILO — (*Implorante*). ¡Don Felipe!...

FELIPE — (*Levantando los hombros y volviéndose in-*

diferente, se va. Se oye su voz, lenta y ronca como si se arrastrara) «Orientales... la patria... la tumba... »

ESCENA II

CAMILO Y MARIA

(*Pausa*)

CAMILO — (*Que se ha sentado junto al escritorio. A Maria que sale por derecha*). María!

MARIA — Estaba esperándolo, Camilo!... desde esta mañana que no lo veía...

CAMILO — Es cierto... Hace rato que estoy aquí.

MARIA — ¿Por qué no entró?

CAMILO — (*Con triste sonrisa*). No era urgente lo que tenía que decirle...

MARIA — (*Con voz débil*). ¿Entónces, la última esperanza...

CAMILO — Así es María... No podría ocultarle lo que no tardaría quizàs en saber...

MARIA — ¿Y Vd. no se fijó si mis alhajas... mis muebles...

CAMILO — (*Con triste sonrisa*). Es inútil María! Aparte de que Jorge nunca lo permitiría, eso no serviría ni para cubrir lo más urgente... Y después de todo, Vd. sabe que hay otra causa que obrará siempre en contra de nuestros planes...

MARIA — ¡Oh Dios mío!... ¡Entónces, ahora nomás... dentro de una hora... (*Pausa*) ¿Pero Vd. cree, Camilo, que el alma de ese hombre esté tan encanallada, que se atreva á llevar á cabo su amenaza?

CAMILO — (*Sonriendo tristemente*). No solo lo creo, sinó que tengo la prueba más segura!

MARIA — Camilo!

CAMILO — (*Resuelto*). Hoy le he visto!

MARIA — Camilo!... Yo le había pedido ...

CAMILO — ¡Perdón, María! Quise agotar hasta el último medio... Le fuí á ver. Ya que Vd. no quiso que Jorge supiera nada de los viles propósitos de ese hombre, no quería dejar que consumara su

venganza sin que supiera que alguien le enrostraba virilmente su actitud...

MARIA — (*Con ansiedad*). Qué hizo Vd. Camilo?

CAMILO — Oh, nada de lo que Vd. podría deducir de mi indignación!... Ese hombre posee medios desconocidos por los hombres honestos, para poder llevar hasta el fin sus intrigas... Cuando me presenté, pensé en Vds. antes que en mi indignación... Iba á proponerle un extremo recurso conciliatorio... Pensé que no lo aceptaría y que entonces me hallaría en libertad para desenmascararlo... Pero, con gran sorpresa mía, antes de que yo hablara me dijo que en ese momento estaba ultimando un proyecto de arreglo que me comunicaría dentro de una hora... Así es que me fuí á casa y esperé...

MARIA — Y Vd. le creyó?

CAMILO — Si no creí, no podía, por Vds., dejar de esperar... (*Reteniendo su ira*) ¡Ah, no debí esperar, sin embargo...

MARIA — (*Ansiosa*). Camilo... dígamelo Vd. todo!

CAMILO — Hasta hace un momento, he dudado si era mi derecho disgustarla contándoselo...

MARIA — Yo debo saberlo todo. Vd. me conoce, Camilo!

CAMILO — ... pero reflexioné que era mejor que Vd. no ignorase toda la infamia de que es capaz ese individuo... (*Sacando un papel de una cartera*) Entérese de su vileza (*Lee*) «Señor... Muy señor... En cumplimiento de mi promesa... etc... Yo propongo, simplemente (*De aquí al final, muy lentamente, y recalcando las frases de más intención*) dar á don Jorge una espera de seis meses, *si se me da como garantia el vale* que Vd. posee contra la propiedad *de la señora de mi deudor*... Como Vd. comprenderá, *no es á don Jorge á quien hago esta proposición* porque antiguas combinaciones de la vida nos han colocado á ambos en un terreno delicado... Yo, puedo ofrecer, él quizás por un sentimiento muy humano, no querrá aceptar... *Es, pues, á la señora*, que es

la que debe dar su consentimiento, *á quien por su intermedio me dirijo*... Supongo que ella, de criterio juicioso, *dejará aparte escrúpulos que no deben existir, y dirá la palabra que espero, de la cual depende*...» (1)

MARIA — (*Levantándose, impulsada por su indignación*). ¡Oh, basta, basta Camilo! No siga más! Basta!... (*Retorciéndose las manos*). ¡Ah, vil y miserable!... Miserable!

CAMILO — (*Levantándose también, pálido de coraje*) ¡Quiero que Vd. crea, María, que solo la suprema consideración de evitar un escándalo que solo á Vd. perjudicaría, ha impedido que yo diera á ese hombre su merecido... El creyó obrar impunemente... él no sabía, al escribirme eso, que yo tenía conocimiento de lo que había pasado entre Vds. y que por lo tanto no entendería el verdadero sentido de esta carta... (*Rompiendo, con rabia, la carta*). ¡Pero es tan miserablemente bajo, tan ruinmente encanallado, que es imposible rebajarse hasta él!... ¡Olvidemos, María!... Estoy deseando que todo esto termine para olvidar, para olvidar!...

MARIA — (*Que en la sucesión del anterior parlamento de Camilo, de la indignación ha pasado, gradualmente, á una especie de postración*). ¡Camilo, Camilo!... Empiezo á tenerle miedo á hombre!...

CAMILO — Qué dice Vd., María? ¿Vd. cree que esto no terminará aquí?

MARIA — (*Como intuyendo un peligro oculto*). Yo no sé... Yo no sé, Camilo... pero presiento que no... Ese hombre es demasiado audaz... Y Vd. no sabe... pero Jorge ya no es la quiebra lo que teme... Me ha parecido adivinar que presiente que hay algo detrás de todo esto... Ya ha notado que nosotros no lo miramos con franqueza... Yo no supe, anoche, cómo explicarle mi susto... Y mi

---

(1) El actor recalcará, con la voz, las frases subrayadas, para hacer resaltar la intención que ellas encierran.

tío Felipe, con sus indirectas, con sus frases incomprensibles... Y todo, todo, en fin... ¡ Ah que amargura tan honda siento, amigo mío!...

CAMILO — Razón de más, María, para que Vd. lo diga todo á Jorge...

MARIA — No!... Oh, no! Camilo!

CAMILO — Qué puede pasar, María?

MARIA — No sé... no sé.. pero tengo mucho miedo... ¿Para qué agravar el dolor de Jorge con una revelación tan inoportuna?... Sería inhumano de mi parte!

CAMILO — Inhumano?

MARIA — Sí!... Inhumano... y cobarde! Mi deber es sufrir ese dolor yo sola!... Me siento así más digna de Jorge!... (*Pausa*).

ESCENA III

Dichos, JORGE Y JACINTO *que entra y sale*

JORGE — (*Entra preocupado. A María*). ¿No ha venido nadie á buscarme?...

MARIA — (*Con solicitud triste, pero cariñosa*). No. ¿Esperabas á alguien?

JORGE — (*Preocupado*). No... es decir, sí... Mi abogado tenía que venir. (*Escuchando*). Ah! debe ser él... (*Va al foro, mira y vuelve*). No es él!... Quizás no venga y me mande cuatro líneas... (*Se sienta junto al escritorio y revuelve papeles con indiferencia. A María*). Ya he avisado á la Empresa para que mañana por la mañana venga por los muebles ..

CAMILO — Ya sabes, Jorge, que les tengo mi casa preparada...

JORGE — ¡Oh, ¡gracias, gracias, mi buen Camilo! (*Apoyando su cabeza entre las manos*). Gracias!

MARIA — (*Yendo hacia él*). Jorge!... Tú estás abatido!... Tu sufres! ¡Si es ya no hay esperanza!...

JORGE — No... yo no he dicho eso...

MARIA — No debes ocultarme nada... ¿Acaso puedo pasar algo más grave que lo que yo?...

JORGE — (*Mirándola fijamente*). Que lo que tú qué?...
MARIA — (*Bajando la vista*). ¡Dios mío!... que lo que yo me he imaginado!...
JORGE — Ah!... (*Con lentitud dolorosa*). El embargo...
MARIA — (*c/a*) Sí...
JORGE — (*Mirándola angustiado, pero ansioso*). ¿Y... si así... fuera... María?...
MARIA — (*Con alguna hesitación, y luego como si se le escapara, á su pesar, el grito de un anhelo*). Pues que sea, que sea!... Lo deseo!
JORGE — (*De pie, con alguna sorpresa, como si intentara arrancarle un secreto*). Lo deseas?... ¿Y por qué lo deseas... María?...
MARIA — (*Mirándolo á los ojos*). ¿Es que tú esperas otra solución?...
JORGE — (*Ansioso*). No... es decir... sí...En fin... no sé. Debe comunicarme algo mi abogado.
CAMILO — (*Ansioso*). ¿Tu abogado espera, entonces?...
JORGE — No... pero Zúñiga lo ha mandado buscar con urgencia... Creo que me ofrecerá una transacción... (*A María y Camilo, que lo miran con asombro y angustia. Con ansia*). Qué?... ¿Vds. saben algo?...
CAMILO — (*Bajando la vista*) No... (*Pausa*).
JORGE — (*Después de haberlos mirado un rato, con la vaga intuición de quien algo presiente. Pasándose las manos por la frente ensombrecida por una sospecha. Como en soliloquio*). Yo no sé... Desde ayer siento como una cosa vaga... una angustia que me inquieta... Cada momento me asalta una idea confusa y rara...
CAMILO — Es el cansancio, querido amigo...
JORGE — ¡Si nunca he sentido cansancio!... (*Reconcentrado como interrogando á su inquietud*). Es otra cosa... Es... Como una duda imprecisa... que se me escapa... ¡Y es natural! ¡Lo que me pasa es demasiado raro!... Los acontecimientos, buenos ó malos, tienen su evolución natural... (*Como hablándose á si mismo*). No hay, detrás de ellos, una como conciencia... un algo...

un... alguien... que los haga avanzar... retroceder... detenerse alrededor mío y esquivar mis interrogaciones... (*Pausa*) En fin! (*Golpeándose la frente*). En esta frente siempre tan serena y tan paciente ha entrado un poco de caos...

CAMILO — (*Que con Maria, han seguido angustiados el desarrollo del soliloquio*). Amigo mío... ¡Esto nunca te había pasado!

JORGE — (*Sonriendo amargamente*). ¡Eh, pobre Camilo!... Tú crees en un desfallecimiento de mi voluntad, verdad?... ¡No, no es eso!... Es que si las cosas... ese algo... se me presentaran de frente, francamente hostiles, mi espíritu estaría más tranquilo... (*Pequeña pausa*). Pero no!... ¡Siempre lo impensado, siempre lo indeciso... Mira: ahora mismo, mi abogado me decía que Zúñiga le comunicó que esa transacción dependía de una respuesta que alguien tenía que darle... (*Se queda mirando fijamente á Maria y Camilo que se han dirigido una intensa mirada de angustia. Camilo se sienta, mudo y reconcentrado*).

MARIA — (*Que ha tenido como un impulso instantáneo. Levantando la cabeza y mirando serenamente á Jorge. Con dulzura*). ¿Por qué me miras así, Jorge?

JORGE — (*Mirando siempre á ambos. Con lentitud angustiosa*). ¿Ibas á decirme algo... María?

MARIA — Yo no!...

JORGE — (*Volviéndose, inquieto*). No sé... no sé... Es un poco de caos... sí... es un poco de caos.... (*Va hacia el escritorio y se sienta junto á él. Maria se levanta á medias como impulsada por una repentina decisión. Luego se sienta, agobiada. Camilo sigue mudo y reconcentrado. Pausa muy larga, en la que solo se oye la respiración honda y anhelante de Maria*).

JACINTO — (*Desde el foro*). Don Jorge! Una carta del doctor González!

JORGE — (*Levantándose*). ¡Ah, de mi abogado! (*Toma la carta . Mutis Jacinto. Va hasta el escritorio y lee. Su semblante parece que se despejara*

algo, como si una leve esperanza entrara, muy lentamente, en su alma. Vuelve á leer la carta y se queda interrogando al espacio).

CAMILO — (*Acercándose*). ¿Qué de nuevo, Jorge?

JORGE — Mi abogado que me escribe la fórmula de arreglo de Zúñiga...

MARIA — (*Ansiosa*). Y tú crees?...

JORGE — Yo no sé... Siempre lo impensado, siempre lo indeciso... Pero en fin, en apariencia, la transacción es generosa. Me ofrece una prórroga de seis meses.

MARIA — (*Anhelante*). ¿Con qué condiciones, Jorge?

JORGE — (*Indeciso y con cierto rubor*). Las condiciones?... (*Duda*). Dependen de Vds.... (*Alargándoles el papel*). ¿Tendré que obligarlos aún á otro sacrificio?...

CAMILO — (*Leyendo el papel que febrilmente Maria ha arrancado de las manos de Jorge*). «La garantía del señor Camilo»...

MARIA — «El campo de la señora»...

CAMILO — (*A María, en un arrebato de indignación, arrugando el papel nerviosamente*). María... ¡es necesario!...

MARIA — (*Sujetándolo, implorante pero enérgica*). ¡No! ¡No es ese nuestro deber! (*Cae, como aniquilada, en una silla*).

JORGE — (*Que ha permanecido pensativo, sin notar nada*). ¿Y bien, qué opinan Vds?... (*Notando la muda actitud de ambos, algo sorprendido*). Yo no sé... quizás habré abusado... (*A Camilo*). ¡Oh perdón Camilo! ¡Lo comprendo! Pedirte esa garantía es pedirte lo único que te he dejado!...

CAMILO — (*Tomándole una mano, con una protesta mezclada con una honda angustia*). ¡Oh Jorge! ¿Por qué me crees egoista?

JORGE — Oh ¡nunca lo he creido, mi amigo!... Gracias!... (*Mirando á María, con voz dulce*). En tus manos queda entonces la salvación, pobre María!... (*Con voz dulce pero hondamente interrogadora*). Es que acaso dudas, María?...

MARIA — (*Con un grito*) No... no!... Pero si Camilo no quisiera arriesgar... (*A Camilo, con una mi-*

rada suplicante). Usted, Camilo!...

CAMILO — (*Indeciso, entre las dos miradas interrogadoras*). ¡Oh... yo!

JORGE — (*Observando su turbación*). ¡Oh Camilo! ¿Tú dudas?... ¿Por qué no has sido franco?... (*Como un reproche*). ¡Dí! ¡Es que temes arriesgar eso por mi?

CAMILO — (*Con un grito de protesta*). ¿Cómo puedes creer eso de tu más grande amigo?

MARIA — (*Con un instintivo y desgarrante grito de súplica*). Oh no! Vd. no puede Camilo!... ¡Vd. lo perdería todo!...

JORGE — (*De quien se apodera una creciente agitación. Con cierta energia*). Oh María! eso es dudar de mí entonces!

MARIA — Entonces, si yo no cedo... será la quiebra?

JORGE — ¡María!... y si tú das será la salvación!

MARIA — (*Con un sollozo*). ¡Dios mío!... ¿Por qué he de ser yo la que ha de decidir esta situación?

JORGE — (*Cada vez más interrogante. Con más energia*). María!... ¡No comprendo tu turbación!... (*Mirándola fijamente*). Tu situación es bien simple! (*Con orgullo*). ¡Dar... ó no dar!

MARIA — (*Con altiva y dolorosa protesta*). ¡Jorge! ... ¡Tú nunca has dudado de mi generosidad!

JORGE — (*Enérgico*). María!... Acaso no eres tú la que dudas?

MARIA — (*Cayendo sobre la silla y llorando silenciosamente*). ¡Dios mío... Dios mío!....

JORGE — (*Que se ha sentado. En su rostro se reflejan las sucesivas y repentinas transiciones de una intensa agitación interior. Con voz dolorosa y lenta en la que hay un leve y triste reproche*). Después de todo... tienes razón, pobre María!... ¡Lo comprendo!... Es pedirte demasiado!... ¿Para qué darme lo poco que te queda, si lo perderé también como he perdido lo otro!... ¡Oh, ya lo sé... ya lo sé!... He sido demasiado iluso!... ¡Todos lo dicen!... (*Doloroso como un sollozo*). ¡Y ustedes también me han perdido la fé!...

MARIA — (*Cuyos sollozos han ido creciendo á medi-*

da que Jorge habla). Jorge!... Jorge!... ¿Por qué eres tan injusto?...

JORGE – (*Que marcha hacia el escritorio, volviéndose*). No soy injusto, María!... Digo la verdad! ... ¡La culpa es mía!... (*Pausa, reflexiona y luego se sienta al escritorio*). ¡Y caeré! (*Resignado*). Así debía de ser!... Así sea!... (*Toma un papel y escribe unas lineas. A Camilo*). Camilo!... Hazme este servicio, mi buen amigo... Lleva esta tarjeta hasta casa de mi abogado!

CAMILO — (*Que lee la tarjeta*) Entonces?...

JORGE — Sí... ¡Acabar de una vez!... Estoy muy fatigado!

CAMILO — (*Abrazándolo*). Ten fé en tí, Jorge!

JORGE — (*Señalando á María*). Soy yo acaso, quien ha perdido la fé?... (*Mutis Camilo*).

ESCENA IV

MARIA, JORGE, ZÚÑIGA, EL ALGUACIL Y JACINTO

(*Pausa. Jorge se queda mirando por donde ha salido Camilo*).

JACINTO — (*En la puerta del foro. Con voz agitada*) El doctor Zúñiga!

JORGE — (*Haciendo señas hacia afuera*). Pase, señor! (*Mutis Jacinto*).

ZÚÑIGA — (*Apareciendo en la puerta del foro. Al Alguacil que viene detrás de el*). Señor Alguacil... Espera Vd. ahí. Aún no sé si tendremos que extender la notificación del embargo!...

JORGE — (*Al Alguacil*). Sí señor... Puede Vd. extenderla!... (*Pausa. El Alguacil se queda mirando á Zúñiga, quien no ha podido refrenar un movimiento de despecho*).

EL ALGUACIL — (*Ante el asentimiento de Zúñiga. A Jorge*). Está bien, señor! Lo extenderé! (*Mutis*).

ZÚÑIGA — (*A Jorge*). Pero señor!... ¡Supongo que no estará Vd. enterado del ofrecimiento que le hice por intermedio de su abogado!...

JORGE — (*Conservando un aire de digna altivez*). Sí señor!... Pero no puedo aceptarlo!

ZÚÑIGA — (*Reteniendo su despecho y mirando, de reojo, á María que á su entrada se ha retirado á un extremo de la sala*). Prefiere, entonces, la quiebra?...

JORGE — Sí señor!... Puede, pues, hacerme notificar del embargo... Le agradeceré que apresure los trámites pues deseo retirarme cuanto antes. (*A María*). María! Vete á poner el sombrero! (*María sale lentamente*).

ZÚÑIGA — (*Con una risita de sorna y de despecho*). Pues me deja Vd. asombrado! Yo, francamente, creí que no se podría rehusar un ofrecimiento tan generoso!...

JORGE — (*Con una mirada interrogante*). Esa generosidad, precisamente, es lo que me asombra más!...

ZÚÑIGA — (*Que levanta la vista con sorpresa. Se encuentra con la mirada interrogante de Jorge. Pequeña pausa en la que se miran*). ¡No sé, en verdad, porqué! ... Estas transacciones son comunes en estós casos...

JORGE — (*Secamente*). Pero no de última hora!

ZÚÑIGA — Qué quiere Vd. decir?

JORGE — ¿Porqué no la ofreció Vd. antes?...

ZÚÑIGA — Yo tengo que defender mis intereses hasta último momento!

JORGE — ¿Es que antes no estaban tan en peligro como ahora?

ZÚÑIGA — (*Tiene una leve hesitación*). No, ahora... tenía un garantía...

JORGE Y antes no tenía mi honradez?

ZÚÑIGA — (*Cinicamente*). Esa es una palabra de mucho efecto, pero que no hace peso en mi bolsillo...

JORGE — ¡Ni en su conciencia tampoco!...

ZÚÑIGA — (*Con indignación*). Qué dice Vd?...

JORGE — (*Mirándolo de frente*). Lo que Vd. no tiene reparos en insinuar!

ZÚÑIGA — (*Con aire superior, esbozando un aire paternal, mirando, de reojo á María que entra*). Lo que hay, amigo, es que cuando se tienen demasia-

dos escrúpulos... es imposible vivir... La vida hay que tomarla como se presente... y cuando hay alguna pequeña dificultad... el tener demasiado orgullo y no querer ceder nada á los que pueden más que nosotros, es condenarse á la ruina...

JORGE — (*Con triste sonrisa*). ¡ Quizás tenga Vd. razón! Sólo los hombres sin escrúpulos triunfan!... Y los hombres como yo, los tercos, los obstinados en su honradez, son los que caen!... (*Con tristeza*). Es una verdad dolorosa!...

ZÚÑIGA — (*Con rabia, como depositando allí, su venganza hacia María*). Vd. ha querido caer y no tiene derecho de quejarse!

JORGE — (*Con orgullo*). ¡ Sí, yo lo he querido, sí, y estoy bien orgulloso de haberlo querido!...

MARIA — (*Que en la sucesión de la escena ha tratado de dominar los impulsos que la acometían. Yendo hacia Jorge*). ¡Jorge! ¿Porqué dices eso? ¿ Acaso no he sido yo quien lo ha querido? (*Mirando á Zúñiga como desafiándolo*). ¡ Sí! he sido yo!

JORGE — Porqué hablas así María?

ZÚÑIGA — Es claro ¡ ya decía yo que debían ser consejos de mujeres!...

MARIA — (*Mirándolo á la cara, frente á frente, con los ojos centelleantes de odio*). ¡ Sí! Sí! He sido yo!... Yo!... (*Volviéndose á Jorge y abrazándose á su cuello*). Jorge! Díselo tú! Grítaselo bien fuerte al miserable que he sido yo quien quiso salvarte!...

JORGE — (*Tomándole la cabeza y mirándola á los ojos como para penetrar hasta el fondo de su alma. Con un grito implorante y terrible*). María!... María!... Qué has dicho? Salvarme?... Habla!...

MARIA — (*Abrazándose á él*). ¡Vámonos Jorge, vámonos!

JORGE — (*Siempre abrazando á María. A Zúñiga que intenta irse, con voz preñada de amenazas*). Atrás!... (*Más fuerte*). ¡ Atrás he dicho!... (*Viendo que Zúñiga retrocede. A María*). María! ... Habla!... Hace dos días que tu secreto se te

escapa!... ¡Dílo: ¿Porqué has preferido la ruina? (*Despacio*). ¿Es que acaso... la ruina... salvaba algún bien más preciado...

MARIA — (*Con voz débil*). Sí... Jorge... era tu salvación... y la mía...

JORGE — (*Con un hondo sollozo de agradecimiento. Besándola en la frente*). María!... (*Pequeña pausa*). Y... acaso... fué... él? (*Señala á Zúñiga*).

MARIA —(*Casi desvanecida, con un soplo de voz, señalando, sin mirar, hacia Zúñiga*). Sí... él!...

JORGE — (*Lanzándose, hacia Zúñiga*) ¡Ah miserable!

MARIA — (*Deteniéndolo por los brazos. Con un grito de miedo*) Jorge!

JORGE — (*A Zúñiga, con profundo desprecio*). Me dás repugnancia!... Y tú María (*Abriendo los brazos á María que se arroja en ellos, palpitante de amor y de triunfo*) á mis brazos!... A mis brazos, mi buena, mi heróica María!... (*Pequeña pausa en que permanecen abrazados. Tomándola de una mano*) Y ahora, vámonos, vámonos de aquí!.. (*Hacen por irse*).

EL ALGUACIL — (*Apreciendo en el foro, con un papel y una pluma*). Señor... antes tiene que firmar la notificación.

JORGE — Ah!... El embargo!... (*Con una carcajada de alegria*). La ruina!... Me olvidaba que ya era un hombre sin honor!... (*Toma la pluma y va á firmar, pero como si le asaltara una idea*). María!... La sociedad cotizará el honor nuestro según el tanto por ciento que pagaremos... ¡Démosle el menor derecho posible para que dude de cualquiera de nuestras honradeces... Ya nada nos queda más que los muebles, tus vestidos... nuestras cosas... Dejémoslo todo! ¡Séamos pródigos de honor ya que somos tan ricos!

MARIA — Jorge... Eso es nuestro... nadie nos lo podrá quitar!...

JORGE — María!... No discutamos con nuestra honradez!... El mundo nos lo pide todo!... ¡Probémosle que sabemos darle todo.. ¡todo lo que es

lícito dar!... (*Al alguacil, señalándole los muebles y las piezas interiores*). Inventaríe también todo eso! (*Firma*).

MARIA — (*Mientras va hacia el foro abrazada con Jorge*). ¿Y nosotros, Jorge?

JORGE — Nosotros?... nos llevamos nuestro amor, María!...

EL ALGUACIL — (*Acercándose á Zúñiga, que permanece iracundo y siniestro*). ¡Doctor...Doctor... ¡Qué suerte!... ¿Se lo lleva Vd. todo?...

ZÚÑIGA — (*Con los dientes apretados de rabia*). Sí, todo!...

MARIA — (*En la puerta, volviéndose, con una sonrisa serena y triunfante*). No... ¡todo no!...

TELÓN